

**studi  
germanici**



**5** 20**14**

# Siete pasos hacia Kafka

Justo Navarro

**Poderes.** Uno escribe, y traza con palabras una línea, camino o cuerda que exige vivir en estado de atención más o menos consciente para seguir y no tropezar. Podría decirse que, escribiendo, sufrimos una transformación. Alcanzamos ciertos poderes perceptivos que nos faltaban cuando no estábamos en estado de escribir, y quizá ésta fuera la causa de que Kafka, turista en Milán en septiembre de 1911, considerara “imperdonable viajar, o incluso vivir, sin tomar notas”. Esa manía de duplicar la experiencia, escribiéndola, producía efectos psicósomáticos: una noche Kafka apuntó que, cuando escribía, ciertos poderes suyos alcanzaban “una profundidad casi inaccesible en circunstancias normales”.

**San Juan de la Cruz.** La vida se dividió entre el escribir y el no escribir. No escribir era la incomodidad de la casa familiar y la claustrofobia del despacho donde trabajaba, una claustrofobia abierta, es decir, inacabable, porque sus deberes en la mutua contra accidentes laborales lo llevaban lejos de Praga, de viaje a las industrias del norte de Bohemia o a algún congreso en el extranjero. Vivía “una increíble doble vida, cuya única salida es la locura”, o así definió su situación el abogado Kafka el 19 de febrero de 1911, en carta a un superior en la empresa. La vida se partió entre diurna y nocturna, dos vidas, el día y la noche. Escribir era la luz de la vida nocturna. Me acuerdo del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz: “¿Cómo perseveras, oh vida, no viviendo donde vives?”

**Coleópteros.** Pero las investigaciones nocturnas del escritor Kafka tomaban como materia prima la doble vida invivible. Por ejemplo: el 5 de noviembre de 1911 Kafka inventariaba los ruidos de las mañanas de domingo en casa de la familia Kafka, Niklastrasse 36, Praga: puertas y portazos, el arrastrar del batín del padre que volvería a susurrar en una línea de *La condena*, el remover cenizas en una estufa, voces, gritos, un cerrojo que se descorre, dos canarios. “Ya lo había pensado, pero, al oír a los canarios, se me vuelve a ocurrir que



podría abrir la puerta, sólo una rendija, arrastrarme como una serpiente hasta la habitación de al lado y así, desde el suelo, pedirles a mis hermanas y a la criada que se callen”. El obstáculo que impedía escribir era el asunto que debía ser puesto por escrito. La materia prima de su literatura era la imposibilidad de hacer literatura. Hay coleópteros que ponen los huevos al fondo de una hoja enrollada. Nacida la larva, crece alimentándose de la hoja protectora que la envuelve. Cuando termina de comerse la hoja, ya es un insecto adulto y puede alimentarse solo. Kafka nunca se alejó de la vida de familia.

**Sobre dos corceles.** Perseveró en la vida familiar, aunque esa manera de vivir le pareciera la “destrucción total de la existencia”, un acabamiento o una ensoñación permanente. A principios de 1911 reconocía no haber pasado despierto en 1910 más de cinco minutos seguidos, y deseaba verse “fuera del mundo”. Su lugar era el suelo, caído. “¿Soy acaso un jinete de circo que cabalga sobre dos corceles? Por desgracia, no soy jinete y estoy tirado en el suelo”, escribió el 7 de octubre de 1916. Vivir en el suelo exige una atención especial. En *La condena*, Georg Bendemann “había decidido observar todo, hasta lo más mínimo, con detenimiento, para que nada se le viniera encima por sorpresa, ni desde atrás ni desde lo alto”.

**Sobre la imposibilidad de salir de la propia vida.** Es una larga operación levantarse una vez que se está en el suelo, y, como decía el abuelo del apólogo kafkiano, “la vida es increíblemente breve [...] No comprendo cómo un joven puede tomar la decisión de ir a caballo hasta el pueblo más próximo, sin temer [...] que aun el curso de una vida normal y feliz no alcance ni para empezar semejante viaje”. No hay tiempo para recorrer el espacio que separa al viajero del objetivo que quisiera alcanzar. La distancia que nos separa de nuestro objetivo es infinita. Kafka volvió a contar la misma historia en *La construcción de la muralla china*. Los crueles pueblos del Norte, jamás vistos, que amenazan a los constructores de la muralla, nunca serán un peligro real porque “aunque decidieran lanzarse sobre nosotros al galope tendido de sus caballos salvajes [...] demasiado vasta es la tierra y no los dejaría acercarse [...] su carrera se estrellaría en el vacío”.



No repitió la historia una vez, sino dos, la segunda en forma de parábola y con otros elementos. El emperador, en su lecho de muerte, manda un mensaje “a ti, el solitario, el más miserable de sus súbditos”. El mensajero parte en el acto. Debe atravesar la multitud inmensa que asiste a la agonía del emperador, y, cuando la supere, lo esperarán paradas infinitas. Pero todavía está recorriendo el palacio y, si acabara de recorrerlo, le quedarían incontables escaleras, patios, otro palacio más, “y así durante miles de años”, y, tras la última puerta, la capital, el centro del mundo, donde toda la basura se junta. No sólo hay desesperación en la visión imperial, avisa el narrador. Hay también esperanza. Sabiendo el emperador que nunca llegará el mensaje, lo envía.

**Deseos de ser piel roja.** Uno habla o escribe, aunque es difícil hacerse entender. Me acuerdo del viajero que pedía al criado que le trajera el caballo, y el criado no lo entendía. Ni siquiera habitaban el mismo mundo el viajero y su criado. El viajero preguntaba al criado qué significaba la trompeta que acababa de sonar en la lejanía, y el criado no había oído ninguna trompeta. Uno ni siquiera se entiende plenamente consigo mismo y, cuando le preguntan a dónde cabalga, responde: “No lo sé, sólo quiero irme, sólo irme de aquí”. Supongamos que nos preguntan qué queremos escribir, y respondemos: “No lo sé, sólo quiero escribir, sólo escribir”. Escribir es irse. Me acuerdo de algo que escribió Kafka una vez: “Me gustaría mucho hacer una excursión con un grupo de absolutamente nadie”. Me acuerdo del principio de novela que prefiero entre todos: “Wie froh bin ich, dass ich weg bin!”. “¡Qué feliz soy ahora que me he ido!”

**Animales mudos.** Escribir era un viaje inacabable y, en noviembre de 1912, cuando llevaba pocos meses dedicado a la novela del hijo réprobo que por mandato de su padre se va a América, Kafka le confió a Felice Bauer que la historia estaba montada de manera que nunca podría ser terminada. Es difícil acabar: siempre queda pendiente una observación, una palabra, una pregunta, un resto de inseguridad no superable, algo de realidad indecible. Incluso con nosotros mismos nos cuesta hablar. De eso trata *Investigaciones de un perro*.



(Alguna relación debe existir entre Kafka y Disney, que, con pocos años de diferencia y por distintos medios, fabulan sobre seres humanos animalizados o animales humanizados, perros, simios, topos, insectos, chacales y ratones pensantes y parlantes.) El perro investigador de Kafka encontraba utilidad en la pasión de preguntar sin fin: “No se alcanza la verdad, pero por lo menos se descubre parte de la confusión y la mentira”. Nunca nos llega el mensaje que el emperador nos mandó, pero seguimos preguntando, incluso cuando hemos terminado de escribir y entendemos que lo que hemos escrito sólo era la preparación para escribir lo que deberíamos haber escrito y ya no escribiremos.